

EL IMAGINARIO COLECTIVO OCCIDENTAL SOBRE ORIENTE

No son las cosas en sí mismas las que nos perturban,
sino la opinión que nos hacemos de ellas.
Epicteto

La complejidad del Mundo Árabe desconcierta a Occidente. Lo que allí sucede lo deja estupefacto. Con excepción de ciertos especialistas que se han ocupado de aprender la lengua árabe, de viajar frecuentemente y de buscar información de primera mano, los occidentales conocen poco y mal la realidad del Mundo Árabe. Digamos en su defensa, que dicha realidad es tan cambiante que no es raro que parezca incomprensible.

Pero los medios de comunicación juegan, sin duda, un papel nefasto en dicho desconocimiento. Hostigados por la rapidez con que se suceden los hechos, los medios no cuentan con el tiempo suficiente como para detenerse, comprender y explicar. No hacen más que relatar los sucesos considerados por los periodistas o las agencias de prensa como significativos. De igual manera, el Mundo Árabe que se proyecta diariamente en las pantallas de televisión, más allá de la actualidad, sigue siendo para muchos un enigma. Así las cosas, la sobreinformación de sucesos tiende a confundir los espíritus y los problemas, a ocultar las posiciones que se están jugando.

Extraviada, la opinión pública se refugia en los estereotipos y en los prejuicios.

El prejuicio ha sido desde siempre el elemento caracterizador de los comportamientos de los pueblos, de sus actitudes, de sus lenguas. El prejuicio es una certeza simplista, una frase lapidaria. No tiene necesidad de explicaciones más profundas, es un atajo tentador, es tenaz y duro de borrar y de modificar. Negativo, puede conducir a exclusiones sociales y aún peor, a genocidios.

Imagen esquemática, empobrecida, inocente, el estereotipo es una simplificación y una deformación abusiva de lo real; es índice de *comunicación unívoca*, de una cultura en vías de bloqueo.

Si se hace una reflexión sobre la producción del estereotipo, se puede percibir que obedece a un proceso simple de fabricación: la confusión del atributo y lo esencial, que da pie a la extrapolación de lo particular a lo general y, en el plano sociocultural, de lo singular a lo colectivo. Así, el estereotipo entrega una cantidad mínima de información a cambio de una comunicación lo más masiva posible.

Portador de una definición del Otro, el estereotipo es el enunciado de un saber colectivo que se cree válido, en todo momento histórico. De hecho, y como explica de manera pertinente el profesor D.H. Pageaux: el estereotipo no sólo es el índice de una cultura bloqueada; desvela una cultura tautológica en la cual todo análisis crítico está excluido, en provecho de algunas definiciones *esencialistas*.

Paradójicamente, cuanto uno más se acerca, más se alimentan de estereotipos; el cara a cara de Occidente/Oriente es, en este sentido, ejemplar por la duración (14 siglos) y la intensidad (una rivalidad profunda oculta o relegada a veces a un segundo plano).

Si la realidad del Oriente árabe fuera tan hermética, podrían comprenderse la tenacidad de los prejuicios en su contra. Pero la realidad del Mundo Árabe no es tan hermética como se dice: las cosas son demostrables, los mecanismos son desmontables, los sucesos no surgen por casualidad; no hay certezas simples ni definitivas. En suma, la realidad del Mundo Árabe de hoy no puede explicarse por estereotipos como *integrismo, violencia, riqueza petrolera, antioccidentalismo*.

El integrismo, del cual se habla tanto en Occidente como si se tratara de un espantapájaros, no ha aparecido de la nada. Es el hijo de una época, sostenido por ciertos grupos sociales, minoritarios, sin duda, pero que, desde el punto de vista económico y social, son representativos.

La violencia no es patrimonio exclusivo del mundo árabe-musulmán. Desgraciadamente, reina un poco en todas partes. Incluido Occidente. Pero allí donde el Estado es de constitución frágil o la participación popular limitada, allí donde las injusticias sociales son alarmantes, donde la lealtad al Estado central es más débil que la lealtad comunitaria, clánica, tribal o religiosa, allí donde las agresiones de todo tipo son moneda corriente, la violencia tiende a propagarse. Pero es una aberración afirmar de manera general que hay pueblos que *en esencia* son violentos y que hay otros pacíficos. La violencia no es la elección de una sociedad, ni un modo de vida.

Por otra parte, la historia misma de Europa ¿no ha sido acaso una serie ininterrumpida de violencias, que culminaron con la barbarie hitleriana? ¿Podría un golpe de amnesia colectiva hacer olvidar a Europa la explosión de fanatismo religioso que desgarró durante dos siglos a católicos y protestantes, el Terror bajo la Revolución Francesa, las carnicerías producidas durante las guerras coloniales o, aún más cerca nuestro, los 45 millones de muertos de la segunda guerra mundial?

Entonces ¿por qué este gusto por hablar contra –la barbarie del Otro-, del Musulmán, del árabe? –El occidental liberal y pacificado- de hoy ¿olvida acaso todas las violencias fundadoras de la modernidad, de las cuales está tan orgulloso?

Vayamos al petróleo, a los petrodólares, a las petromonarquías.

El petróleo procura ingresos, pero no crea riqueza. O al menos, la riqueza que procura es provisoria, pasajera, eventual. La verdadera riqueza reside en la sabiduría de los hombres, su propensión a producir lo esencial y socialmente útil, su gusto por la igualdad y la libertad de elección. De igual modo, decir que los árabes son ricos porque tienen petróleo es como afirmar que los españoles son ricos porque tienen sol y que los holandeses son ricos porque tienen agua. En niveles diferentes, el petróleo, el agua y el sol procuran una situación próspera. La diferencia es que el petróleo no es un bien reproducible y que su precio fluctúa de acuerdo a las variaciones del mercado.

Además, de unos 220 millones de árabes ¿cuántos tienen petróleo y cuántos sacan provecho de él?

Otro mito bastante extendido en Europa es el supuesto antioccidentalismo de los árabes. De hecho, Occidente, en el Mundo árabe, atrae al mismo tiempo que repulsa, pero atrae

mucho más de lo que repulsa. Ciertamente es que los árabes no olvidan fácilmente la etapa colonial, el asunto de Suez, la guerra de Argelia y sobre todo la implantación del Estado de Israel en territorio palestino, bajo la complicidad de un Occidente culpabilizado a causa de la barbarie hitleriana.

Pero, y a pesar de estos recuerdos dolorosos, cada árabe lleva en sí un poco de Occidente. Hay que reconocer que la dominación occidental no se ha dado por la exportación de sus máquinas y equipos al Mundo Árabe, sino sobre todo porque ha sabido exportar su aparato cultural (sus lenguas, sus gustos, su visión del mundo) y su modo de desarrollo. De hecho, sí Occidente ha creado el Oriente sin intentar comprenderlo. Oriente busca recrear el Occidente sin tratar de asumir su modernidad con todo lo que ello implica.

Todas estas ideas superficiales sobre el Mundo Árabe, y más allá, sobre Oriente nos recuerdan una verdad primera: si Oriente continúa habitando la visión de Occidente es que Occidente continúa mirándose a través del otro: el árabe, el musulmán, el Oriental. Se pregunta uno lo suficiente, por ejemplo ¿por qué a los ojos de los occidentales, resulta tan obvio que el terrorismo sea –árabe-, el fanatismo –islámico- y el despotismo –oriental-?. No basta con indignarse contra esas terribles simplificaciones, es necesario comprender sus raíces. Las explicaciones ¿deben buscarse entre los árabes, los musulmanes o en Occidente? La respuesta no es simple.

Lo que sí es cierto, sin embargo, es que resulta en vano estudiar al Otro sin haberse mirado primero frente a aquel. Lo que sucede es que la representación que Occidente se hace de Oriente es, antes que nada, imaginaria, parafraseando el título de un libro notable de Thierry Henrichs.

Ahora bien, el imaginario colectivo de Occidente sobre Oriente (sobre todo musulmán) dice muchas más verdades sobre el sujeto que observa que sobre el objeto observado. Es lo que la historia piensa de los árabes, de los musulmanes y de los orientales desde hace siglos.

Occidente e islam

Para comprender la visión occidental de Oriente hay que volver a su historia.

El nacimiento y la rápida expansión del Islam, en los siglos VII y VIII de la era cristiana, modificaron de forma duradera la geografía política y religiosa del Mediterráneo. El Mediterráneo dejó de ser el *Mare Nostrum* de Occidente, convirtiéndose en el lugar de encuentro de Oriente-Occidente, y no un lugar de fractura como escribió en 1935 H. Pirenne: -En los bordes de *Mare Nostrum* se extienden dos civilizaciones diferentes y hostiles-.

Ciertamente es que los musulmanes aparecen como enemigos, pero, para los contemporáneos de Carlomagno, los –musulmanes- son unos enemigos entre otros (sajones, lombardos, etc.). Si hoy en día todos los escolares francófonos conocen la fecha de la batalla de Poitiers, librada por Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, es porque la importancia de dicha batalla fue glorificada, magnificada a posteriori, para marcar –el alto de la invasión islámica-

¿Qué habría sido del destino de Europa si Carlos Martel no hubiera estado allí en el 732? se preguntan todavía los medios de comunicación.

Curiosamente, si todos los libros occidentales de historia hacen referencia a Poitiers y a Carlos Martel, raros son los historiadores árabes que evocan esta batalla como algo más que un hecho menor. Grandes escritores como Tabari (muerto en 923) de Andalucía o Ibn Kūtiya (muerto en 977) no hacen ni una sola referencia.

Dos mundos distintos, para comenzar. En los albores del siglo VIII, la cristiandad occidental queda reducida a unos horizontes muy estrechos, mientras que –el estandarte del Islam flota por entonces, sobre inmensos espacios uniendo el Asia al Atlántico-. Pero estos dos mundos son hostiles, ya que el largo diálogo que deberían mantener Occidente y su rival musulmán se estrena con un –intercambio guerrero-. Las conquistas musulmanas aparecen entonces como una agresión injustificada. Un reflejo defensivo conduce naturalmente a describir al asaltante en términos muy negativos. Destructor de ciudades, pillor, secuestrador, artesano de la traición, estos son algunos de los defectos más atribuidos al Sarraceno. –En total, un cuadro bien oscuro-, comenta Phillippe Senac, –que no parece guardar ninguna virtud moral-. Así la primera imagen del Islam en Occidente se elabora en función de una experiencia inicial eminentemente conflictiva, real si se habla de la totalidad de territorios conquistados en algunas décadas, pero fragmentaria, sin embargo, ya que las poblaciones asaltadas no veían sino el reverso de una civilización extranjera y no la realidad islámica en su integridad-.

Del Islam no había nada.

En estos primeros tiempos, los Sarracenos no parecen haber sido percibidos como adeptos de una religión, sino como adversarios militares. La expresión corriente utilizada para describirlos fue –*gentem perfidam Sarracenorum*- (la nación pérfida de los Sarracenos). Aunque también se utiliza *moros* para designar a los autores de las incursiones marítimas. Más tarde, en el siglo IX (principalmente en Italia) se llama a los musulmanes de una manera bastante confusa *ismaelitas* o *paganos*. En el siglo X, el monje Flodoardo asocia implícitamente a los musulmanes a las otras naciones –saqueadoras- bajo la etiqueta de bárbaros.

De esta manera, –percibidos en función de una visión egocéntrica, que consiste en negar todo sentimiento religioso a los pueblos de fe diferente, la Alta Edad Media hizo del Sarraceno un guerrero pagano e idólatra-.

La oposición Oriente/Occidente que echa raíces en la expansión árabe, durante el siglo VIII, es política, económica y cultural (la oposición Islam/cristiandad no existía aún). Este corte aparece con las Cruzadas entre los siglos XI y XIII. A partir de esta época, la cristiandad germano latina entra en contacto con el Islam. Antes del siglo XI, los reinos cristianos de Occidente ignoraban casi todo sobre el mundo del Islam. Ciertamente es que la mayoría de los cronistas occidentales relataban algunos hechos sobresalientes de las guerras entre musulmanes y cristianos, sobre todo en España, en Italia y excepcionalmente en Oriente. Pero se trataba de hechos militares que no implicaban ningún conocimiento del tema. Todo sucedía como si el entorno musulmán no existiese. Algunos embajadores musulmanes con los carolingios o con los emperadores alemanes, o aquel magrebí que fue enviado a Berta de Toscana, y principalmente en Italia, los mercaderes de Venecia y de

Amalfi, solían contar ciertas cosas sobre el Islam. Pero debemos creer que aquellos relatos interesaban poco porque se carece casi por completo de notas. Aún más, el día después de la Cruzada, un autor de la ciencia de Guibert de Nogent escribía que él no había podido encontrar nada que hubiera sido escrito sobre Mahoma.

En Italia, a falta de información directamente llegada del país del Islam, Anastase *Le bibliotecario* tradujo la crónica bizantina de Teofano, en la cual el capítulo consagrado a Mahoma constituye prácticamente todo lo que se conocía sobre el tema antes de las Cruzadas. Incluso los papas, para los cuales el Islam habría podido suscitar algo de curiosidad, eran, sobre el tema, de una –ignorancia enciclopédica–.

Podría esperarse que los cristianos de España, estrechamente ligados a los musulmanes durante generaciones, supiesen algo más sobre el Islam. Sin embargo hasta el siglo IX sólo se ha podido encontrar un texto importante, el de Eulogia, –que tiene el defecto de emanar del medio eclesiástico intransigente de los mártires de Córdoba. Por lo menos logramos enterarnos, gracias a él, de lo que se contaba sobre Mahoma en la polémica anti-musulmana de España. Hay que resaltar, anota Claude Cahen, que para hablar del Islam y su profeta, Eulogia no se refiera a ningún texto musulmán, ni siguiera a algún texto cristiano del dominio musulmán, sino a un manuscrito de origen indefinido, leído por él en Pampelune, es decir en –la zona de guerra política entre dos confesiones–.

Más allá de los Pirineos el grado de información no era mejor. Verdad es que algunos peregrinos, los ingleses Arculf (670), Willibaldo (hacia el 725), y más tarde el francés Bernard de Corbie (hacia el 865), habían ya dado algunas informaciones sobre las condiciones de los viajes en Oriente.

El cronista Fredegario sólo conoció de la historia musulmana la conquista de Occidente. De manera general, las pocas nociones que Francia tenía sobre el mundo musulmán tenían relación con sus conquistas en España. Todo esto significa que los lugares en los que se desatarían las Cruzadas fueron aquellos en los que el conocimiento del *enemigo musulmán* era más insignificante.

Watt Montgomery reconocía por otro lado, que hasta la época de las cruzadas el conocimiento del Islam estaba plagado de errores: –se representaba a los sarracenos como idólatras que veneraban a Mahoma, cuando para algunos Mahoma era un mago y, a veces, hasta el diablo mismo–.

La imagen medieval del Islam descansaba sobre cuatro afirmaciones: es la religión de la violencia; es la perversión deliberada de la verdad; es la religión del libertinaje; Mahoma es el anti-cristo. Abundan los escritos que ilustran esta imagen negativa. Sin duda –comenta Mustafá Benchenane– Europa buscaba situarse oponiéndose.

Montgomery hace incapié por su parte, en que los europeos, al afrontar el Islam, pretendían llevar la guerra de la luz contra las tinieblas, agregando no sin ironía: –puede entenderse hoy que las tinieblas imputadas al enemigo no fueran sino la proyección de las tinieblas que nos habitan, y cuya existencia pretendemos negar. Visto así, la imagen desnaturalizada del Islam debe ser considerada como la proyección de un lado oscuro de la personalidad europea–.

Si el conocimiento que Occidente tenía del Islam era ridículo, aquel del mundo musulmán sobre Occidente era mucho más consistente. La literatura hispanoárabe estaba llena de informaciones útiles sobre el mundo de los *francs*- y de la península italiana. Los relatos de Mas' udi (hacia el 950) y del magrebí Al Bakri (del siglo XI), las obras de Al-Idisi (que vivió bajo los normandos de Sicilia en el siglo XII), Ibn Said Al-Andaluz (un musulmán de España emigrado a Oriente), Al Qazwini (de finales del siglo XIII) y Rashid Al-Din (un judío convertido hacia el 1300) nos abastecen de informaciones sorprendentes sobre el pasado de los *francs*, aun cuando dejan importantes lagunas, principalmente sobre el cristianismo.

Así, y aunque de manera dispersa, el mundo musulmán había acumulado algunos conocimientos sobre el mundo de los *francs*, pero Occidente ignoraba todo o casi todo sobre la religión islámica. Ahora bien, aquella había llegado entre los siglos VIII y XIV a un alto nivel de refinamiento del cual Occidente no tenía ni la menor idea. Ningún dominio científico quedaba sin explorar por los sabios musulmanes. Al-Khawarizimi (750-850) para las ciencias matemáticas, Musa Ibn Sakir y sus hijos Mohammad,. Ahmad el-Haan, Al Kindi Abu Nasr al-Farabi (872-950), Ibn Yunus (muerto en 909), Ibn al-Haytham (965-1036), Abu Rahyan Muhammad, Ibn Ahmad al Baytruni (973-1048), U Khazin e Ibn Masu'd al Sarazi (1236-1311) para la física, Ibrahim Ibn Habib al Farazi (muerto en 777). Abu al Tayyib Sind Ibn Ali (Siglo IX), Al-Battani (850-829), Ibn Kathir para la astronomía. Ibn Ahmad al Majriti (el madrileño), Ibn Sina (980-1030), Al-Makdisi (siglo X), Ibn Jazlah (muerto en 1080), Alí Ibn Irfa'al-Ras's (muerto en 1197), Al-Iraqí (siglo XIII), Al-Jildaqi (muerto en 1361) para las ciencias químicas y Al-Abbadi (807-877), Al-Razi (850-912), Al-Ahwazy (muerto en 940), Al-Zahrawi (nacido en 939), Ibn al-Haytham, Ibn Sina (Avicenne, 980-1036), Ibn Jazlah (muerto en 1080), Ibn Abu Al'Ala'Ibn Zahr (1091-1162), Al-Gafiqi, Ibn Al-Baytar (1197-1248), Ibn al-Nafia (1210-1298), Al Kurbi (siglo XIV), Khadir Ibn Hajji Ali Bassa (siglo XIV) y Al-Antaki (muerto en 1599) para la medicina y las ciencias farmacéuticas.

De esta manera, saliendo del primer milenio –escribe Thierry Hentsch-, el espíritu de inventiva y curiosidad de las elites musulmanas, su gusto por la explicación racional y por el método experimental, la suma de sus conocimientos contrastaban con el retraso místico de la cristiandad occidental, con la ignorancia de la caballería, en la cual sus jefes llegaron incluso a enorgullecerse de su analfabetismo-.

Con las cruzadas, la rivalidad Oriente/Occidente se transforma en la oposición Islam/cristianismo. En adelante ya no será el *moro* el enemigo de Occidente, sino el musulmán, enemigo de los cristianos de Oriente. El proyecto real es el de consolidar el papado en la lucha contra el poder temporal del Santo Imperio Romano Germánico-. Predicando las Cruzadas contra los musulmanes, es el propio poder del Papa Urbano II el que se fortalece. Por primera vez el musulmán aparece como infiel, -profanador de Lugares Santos- y anti cristiano-. Para movilizar los ejércitos, hacía falta un enemigo *detestable* y una causa justa.

Que vergüenza sería para nosotros- se decía Urbano II en el sermón de Clermont (1095) -si esta raza infiel, despreciada en toda justicia, degenerada de la dignidad del hombre y vil esclava del demonio, se llevara consigo al pueblo elegido de Dios todopoderoso-.

El llamado a las Cruzadas opera un cambio notable en la historia de las mentalidades medievales; los temas de la guerra justa y santa (desarrollada por el papa Alejandro II en 1063) y del perdón de los pecados (el papa Juan VIII habría asegurado a los obispos francos que el reposo de la vida eterna sería acordado a todos aquellos que murieran combatiendo contra los paganos), suscita un entusiasmo considerable ya que desde 1096 la primera Cruzada se había lanzado en dirección a los Lugares Santos, dirigida por Pedro El Ermita. –Con la cercanía de los combates –comenta Ph. Senac- el sarraceno se instala en las psicologías-.

Así, la línea imaginaria entre el Occidente cristiano y el Oriente musulmán queda trazada y no podrá borrarse sino en raras ocasiones. A la imagen peyorativa del musulmán que intenta propagar el papado, se agrega aquella, también denigrante, sobre la religión islámica, descrita como una religión bastarda, llamada a destruirse por sí sola.

Esta imagen fue tan bien cultivada a lo largo de la Edad Media, que constituyó, sin duda, parte del inconsciente colectivo occidental.

Veamos qué otros modos de representación cohabitaron con la imagen extremadamente negativa propagada sobre todo por la iglesia y el papado. Los mercaderes venecianos y genoveses adoptaron actitudes que muchas veces los diferenciaron de aquellas predicadas por la Iglesia.

No dudaron, por ejemplo, en enfrentar el embargo sobre los productos estratégicos impuestos por el IV Concilio de Latran (1215); lo que hace decir a Maxime Rodinson: Apegados como lo eran a su fe cristiana, los mercaderes europeos que mantenían relaciones comerciales con el mundo musulmán no podían compartir las ideas sumarias que se hacían sobre dicho mundo en otros medios de Europa.

Paradójicamente, en detrimento de esta imagen en general negativa, a medida que los combates se prolongan en Oriente entre Cruzados y Musulmanes, terminan observándose ciertas cualidades en el enemigo musulmán, que contrarían la imagen dominante. Las virtudes militares que excitan tanto la imaginación de las sociedades feudales se concentran alrededor de un hombre, el Sultán ayyubide Saladin (1138-1193), vencedor de los cruzados. Su bravía y su espíritu caballerezco, así como su cortesía, hacen de él el héroe de una serie de obras literarias (la novela de Matton, la Canción de Guillermo de Orange, etc.). El cambio de mentalidad es sorprendente: el infiel a quien se había aprendido a odiar muestra ahora ejemplo de su fe, de su tenacidad en el combate y de su compasión en la victoria.

A partir del siglo XIII, Oriente comienza a perder su fuerza. La relación de fuerzas se da vuelta, la *reconquista* española reduce el Imperio Árabe a una zapa. El descubrimiento de América prepara la supremacía de la Europa atlántica sobre la mediterránea. En cuanto al descubrimiento de la ruta del Cabo, desplaza las rutas comerciales y priva a los musulmanes de las ventajas del comercio de tránsito. El Mediterráneo pierde su centralidad. Los musulmanes árabes se desintegran frente al Imperio otomano que emerge. Tales cambios van a determinar la mirada occidental sobre el Oriente musulmán a partir del siglo XV-XVI. Si el antagonismo religioso pierde su agudeza, no desaparecerá del todo, ya que el Islam, a través del Imperio Turco, vuelve a convertirse en una plaga; los viajes de

información se multiplican en Oriente. Los relatos de viajes son verdaderas joyas del género y constituyen un material de análisis de primer orden.

Sin embargo, las informaciones recogidas tienen un solo objetivo: afirmar la supremacía intelectual y del arte de gobernar occidentales. Lo primero que se busca es probar el destino particular y singular de Europa y sus raíces helénicas. De esta manera, la religión no será más el lugar de oposición de Oriente/Occidente, sino la diferencia político-cultural. La lectura del Príncipe de Maquiavelo es, a este respecto, bastante clarificadora. Así, al apropiarse de la herencia helénica, el Renacimiento se enlaza mitológicamente a la antigüedad clásica, poniendo en su lugar la noción de una cierta continuidad histórica cortada por el hoyo negro del medievo. Haciéndose, la civilización judeocristiana deja al margen desde el punto de vista de la ciencia, no solamente el Oriente islámico que había controlado el Mediterráneo del siglo VII al XIV (lugar de la creación científica y cultural durante mucho tiempo), sino también el Imperio Bizantino (nueve siglos de historia mediterránea), donde la caída (Constantinopla, 1453) trae el remordimiento oculto de la historia europea al haber abandonado al Islam turco un dominio cristiano sismático, al rechazar la preponderancia de la Roma Pontificia, fuente de toda soberanía durante la Edad Media.

De esta manera, al enlazarse a la herencia helénica de acuerdo a la filiación Grecia antigua-Roma-Europa feudal después capitalista, la tesis eurocentrista arranca la Grecia antigua del verdadero seno en el cual se desarrolló, que es precisamente Oriente, anexando arbitrariamente –el helenismo a la europeidad-. De este modo, los dos mil años que separan la Antigüedad griega del Renacimiento europeo son considerados como una –transición brumosa-; la única función de la civilización bizantina y sobre todo la árabe-islámica, quedó limitada a la transmisión de la herencia griega. Martín Bernal ha demostrado cómo la –helenomanía- del Renacimiento, y más tarde del siglo XIX, procedió de una –fabricación durante la antigua Grecia- de un mito –del ancestro griego- lo que alimentó –el racismo del movimiento romántico-. También nos recuerda que los antiguos griegos fueron perfectamente conscientes de su pertenencia al área cultural del antiguo Oriente.

La anexión de Grecia a Europa decretada por los pensadores del Renacimiento y después por Byron, Hugo (el niño griego) y todo el siglo XIX, es la preparación del arbitrario corte Norte-Sur del Mediterráneo. –corte que suele sugerirse como perramente, como obvio, inscrito en la geografía (por lo tanto, por abuso, deductivo e implícito: inscrito en la historia). En lo sucesivo, Oriente será visto no como malo, pero sí como diferente. El Mediterráneo se convierte en una barrera entre el Progreso y el Inmovilismo, la Racionalidad y la Metafísica, el Estado Nación y el Imperio Turco o el reino islámico.

Al apropiarse del helenismo y del cristianismo (oriental en sus orígenes), Occidente creó un Oriente mítico, donde los caracteres han sido tratados como invariables, definidos simplemente por oposición a los caracteres positivos y dinámicos en Occidente. La imagen de este *inverso* constituye un elemento esencial del eurocentrismo, tan bien analizado por Samir Amin, Edwards Said, Thierry Hentsch y Claude Liauzu. Eurocentrismo que señala Georges Corm cuando escribe que -Oriente es un espejo en el cual Europa puede contemplar mejor su superioridad-.

El oriente de la diferencia

A partir del siglo XVII-XVIII el sentimiento de superioridad y de verdad se conjugan en Occidente con una supremacía política y de progreso técnico. Y, al decir de Hicham Djait: -El mundo encuentra por fin su eje, ya que la fuerza y la cultura coinciden ahora con la verdad-. Oriente no es más una amenaza. Se convierte en un objeto de curiosidad; los viajes se multiplican. (Pitton de Tournefort, Antoine Galland, Jean Thévenot). Para el europeo del siglo XVIII, el viaje a Oriente apunta de una manera más o menos consciente a confirmarse en su propia identidad... Se trata de ir hacia la diferencia para asegurarse a sí mismo.

A la Europa de la vitalidad, del movimiento, se opondrá un Oriente arcaico e inmutable. Se prepara el terreno a la dicotomía clásica: modernidad-tradición, que ha viciado los análisis sobre el subdesarrollo hasta nuestros días ocultando la verdadera visión histórica. En lo sucesivo, Oriente se convirtió en un modo literario para Molière, Racine y todos los grandes escritores de la época. El -gusto oriental- no dejó de lado casi ningún género literario. Se asiste, de esta manera, a una verdadera fascinación por el Islam, ora atracción ora repulsión, tan bien descrita por Maxime Rodinson.

Con el siglo XVIII, la mirada intelectual de Occidente sobre el Islam y el Oriente se diversifica. La visión popular oscila entre la imagen de un Oriente espléndido, maravilloso, y la de un Oriente lascivo (*de Las Mil y una noches*), cruel (*Alí Babá y los cuarenta ladrones*).

Pero en el conjunto, fue a lo largo del siglo XVIII cuando la mirada occidental sobre el Islam se volvió más comprensiva. Fue a lo largo de dicho siglo, en efecto, cuando Boulainvilliers publicó (1730) la vida de Mahoma, en un intento, junto con el arabista Reland en Holanda y Oekley en Inglaterra, de enderezar la imagen negativa del Islam en Europa, así como de rehabilitar a los árabes en la historia. Pero fue también el siglo de Voltaire, para quien el profeta de los musulmanes es fanático, violento y salvaje. De hecho, no era tanto el Islam lo que Voltaire buscó envilecer, como el fanatismo religioso cristiano que quería denunciar. Claro que al elegir al Islam como mira de sus críticas, lograba ponerse a cubierto de las represalias de la Iglesia.

Con Montesquieu, el Islam no será más simplemente fanático. Será también despótico. De esta manera, se encontraba en las antípodas de Occidente la pareja Oriente/Occidente toma su forma más acabada. Así se insinúa en *El Espíritu de las Leyes*, aunque de forma más patente en las *Cartas Persas*. Para Montesquieu, el despotismo corresponde a una realidad profunda, inmutable incluso, de Oriente. ¿No escribió acaso que -el poder debe ser siempre despótico en Asia 'en donde reina' un espíritu de servidumbre que no le ha abandonado jamás?

A pesar de la crítica de Voltaire sobre la teoría del -despotismo oriental- ligado al clima caluroso, y la refutación sistemática del arabista Anuétel-Duperron del concepto de despotismo oriental, las ideas de Montesquieu gozaron de una extensa audiencia, siendo incluso actualizadas, en el siglo XIX, por el libro de Karl Wittfogel sobre Despotismo Oriental.

En total, durante el Siglo de las Luces nadie se contentó con denigrar, acusar y envilecer el Oriente. Se buscó explicarlo en su diferencia y su inamovilidad.

Eran los comienzos de la sociología del Oriente contemporáneo, aquel para el cual el mundo del Islam es el de la –modernización imposible–.

Oriente: Objeto de conquista

La expedición de Bonaparte a Egipto y Palestina marca un cambio importante dentro de las relaciones Oriente-Occidente. Es el comienzo de la vía colonial. Oriente, hasta entonces objeto de curiosidad, se convierte en clave geopolítica, punto de mira de todos los apetitos, terreno de prueba de poderes ávidos de confirmación. En síntesis, un objeto de conquista. Occidente no observa ya, sino que codicia. –No busca más confirmarse por el repliegue defensivo, sino por la explosión ofensiva–. Hasta el siglo XIX, Europa ha ido tomando consciencia de ella misma, oponiéndose al Islam árabe. A partir del siglo XIX, busca construirse dominando a este último, invirtiendo en sus tierras, explotando sus recursos, folclorizando su cultura. En pocas palabras, colonizándolo.

A partir de este momento, los viajeros occidentales en Oriente ya no serán más aquellos aventureros en busca de exotismo y de saber, sino hombres que salen a sondear el Oriente. El relato de viaje de Volney sobre Egipto y Siria (1787) presenta todas las características de un estudio analítico.

Aun cuando Volney no tenía la intención de *limpiar el terreno* para ayudar al cuerpo expedicionario francés en su aventura egipcia, nadie pone en duda que la información por él recogida tuvo que haber facilitado la penetración colonial en Oriente.

Luego, el siglo XIX es justamente el comienzo de ésta. Todo lo que de peyorativo había sido dicho y escrito sobre el árabe, el musulmán, el Oriental, durante los largos siglos que le precedieron, salió desempolvado y listo para servirse. Hasta entonces, el árabe, el turco y el musulmán habían sido quizás odiados, pero rara vez menospreciados. Eran adversarios ideológicos, pero se les reconocía una cierta superioridad científica (al menos hasta el siglo XIV) y algunas cualidades humanas. Con el colonialismo, todo se mueve dentro del desprecio. Para probar la superioridad de Occidente debe denigrarse al Oriente que se avasalla, envilecer su religión que resiste, menospreciar la gente a la que se coloniza. La apología incondicional de sí va de la mano con la diabolización del otro. Todos los procedimientos son buenos: se minimiza el aporte científico de los árabes que –no hicieron más que adaptar el conjunto de la enciclopedia griega (Ernest Renan)–. Aún cuando el mismo Renan reconoció cierta fineza a los árabes (–los árabes, esa raza tan fina–), persiste en precisar que se trata de una raza incompleta. Este término tan evocador recuerda las peores teorías antisemitas de la época.

Fue con Renan, Sylvestre de Sacey, Chateaubriand y Gerard de Nerval cuando Oriente fue el oriente del menosprecio.

Así Chateaubriand está persuadido de que las características de esos pueblos son la crueldad, el fanatismo, el servilismo.

En su *Memoria sobre Oriente*, se opone a la alianza franco-turca, y en el momento en que Europa está preocupada por el avance ruso, considera que la Turquía musulmana es la verdadera enemiga.

Más tarde, Renan dejará libre curso a sus prejuicios sobre los árabes y el Islam, primero en su tesis consagrada a Ibn Roshd (*Averroes y el averroísmo*, 1852) y luego en su célebre conferencia del 29 de marzo de 1883 sobre el islamismo y la ciencia, en la que sostendrá que el Islam produjo sociedades teocráticas, negación misma de la inteligencia.

El fenómeno del colonialismo europeo condicionará, en el siglo XIX, toda la visión de Europa. El etnocentrismo menospreciante justifica la dominación. El sentimiento de superioridad es tal en Occidente que todo el mundo no occidental se ve desvalorizado, destituido de su dignidad histórica, reducido a un nivel periférico y folclórico. –La visión de Occidente del mundo podía plantearse como visión del mundo-, escribe Anovar Abdel Malek.

Raros fueron los hombres de ciencia que escaparon a este sentimiento de superioridad. El poeta Lamartine no fue una excepción de la regla. –Ya es hora, digo yo, de lanzar una colonia europea en aquel rincón de Asia (el Levante)... haciendo de los cristianos de Oriente su medio de acción, administración y reclutamiento-.

En cuanto al orientalismo de la época colonial, a excepción de raros casos, aparece más como un discurso sobre el *otro*, *el árabe*, *el oriental*, *el musulmán*, producido a lo largo de un intercambio desigual, en una situación determinada, que como una voluntad real de aprehender al otro para comprenderlo y no para domesticarlo.

De este modo, el período colonial alimentó toda una serie de clichés que continúan hasta nuestros días y que le sobreviven.

No obstante, la visión que Occidente tiene de Oriente es múltiple. En efecto, si en Francia se usa a Oriente como espantapájaros, luego como cincel, en Alemania el romanticismo naciente lo ve como –indispensable complemento- de la civilización occidental. Se vive como buena la tentativa de sincretismo Oriente/Occidente en los casos de escritores y de filósofos alemanes (tales como Novalis, Schlegel, Goethe, Görres, Ritter, Herder y Schopenhauer). **Pero es sobre todo en el caso de Hegel donde Oriente toma una nueva dimensión. Al conceder que los árabes habían cultivado –las ciencias y las artes-, y que la ciencia y los conocimientos, fundamentalmente filosóficos, habían venido a Occidente vía los árabes-. Hegel no se separa en ningún momento de su tesis principal, que consideraba el Islam como una llama efímera dentro de la historia universal, una página volteada, un momento ya pasado. –Actualmente, escribe él, el Islam ha desaparecido del dominio de la historia universal y entrado en la indolencia y la calma de Oriente. En suma, comenta Thierry Hentsch, no hay en Hegel prejuicio frente al Islam, ya que aquello que la sociedad islámica tenía de bueno ha sido apropiado por Occidente.**

Así la diferencia de percepción que de Oriente tienen Francia y Alemania hacia finales del siglo XIX y principios de XX se explica en gran medida por las rivalidades económicas y geopolíticas entre las dos potencias europeas. En efecto, Alemania, potencia continental

por excelencia (*land power*), desarrolló importantes intereses económicos dentro del Imperio Otomano para poder compensar la falta de colonias en relación a las potencias marítimas (*sea powers*) que eran Francia e Inglaterra. No es casualidad que Alemania y el Imperio Otomano se hayan encontrado del mismo lado durante la Primera Guerra Mundial.

Durante más de un siglo, Oriente sufrió el poder colonial. El nacionalismo egipcio de Mohamed Ali fue demasiado veleidoso como para tomar el relevo del reto. Hacia finales del siglo XIX, la balcanización del mundo árabe era total. Franceses e ingleses se apropiaron de las porciones más grandes del –pastel árabe– italianos y españoles debieron contentarse con las migas: en el Sahara y en Trípoli. De todas maneras la ocupación tuvo varias caras: llamándose protectorado en Marruecos, colonia en Argelia, mandato en Palestina.

La extraordinaria expansión colonial europea, emparejada a los grandes éxitos en el plano económico, científico y cultural, permitió al capitalismo europeo producir una teoría social por la cual la historia de Europa apareció como excepcional y singular, postulando que el capitalismo no podría haber nacido sino en Occidente y que el capitalismo occidental no puede reproducirse más allá.

De este modo, no se visiona otro futuro para el mundo que aquel que surge de las exigencias de su occidentalización, es decir, la adopción de todas las recetas que han creado la superioridad occidental: libertad de empresa y de mercado, laicidad y democracia electoral pluralista. Por otra parte, la característica principal de la colonización no fue tanto la dominación política, económica y cultural, sino más bien la imposición de un nuevo código simbólico.

Bajo esta perspectiva, Europa no parece tener mucho que aprender de los otros. Así, la propuesta de la excepcionalidad del recorrido europeo está en los fundamentos mismos del eurocentrismo que, sobre todo desde el siglo XIX, enfrenta Occidente y Oriente en términos absolutos y permanentes.

Oriente y la rebelión

La Europa del siglo XIX se cubre de una atmósfera general de optimismo: poderosa, conquistadora, confiada y singular. Y, como si fuera poco, se ve como el modelo para todo, revestida de una misión civilizadora, de un destino manifiesto. Se trataba de llevar consigo la carga del hombre blanco (*the white man's burden*) para propagar su mensaje universal. La idea de cuestionar su mensaje, su modelo y su misión civilizadora no podía parecer más estafalaria.

Ahora bien, desde la expedición de Bonaparte a Egipto hasta la partida del último soldado francés de Argelia en 1962, pasando por la nacionalización del Canal de Suez en 1956, Oriente quedó, de alguna manera, rebelde e indomable. Ciertamente es que también Mohammad Ali de Egipto y los primeros pensadores del Renacimiento Árabe (Al-Nahda) intentaron tomar de Occidente los elementos de modernización material que habían hecho su fuerza, aunque tan solo fuera para enfrentarlo mejor. Que todas las grandes corrientes de pensamiento (fundamentalismo islámico, liberalismo burgués, socialismo estatista) que se

sucedieron a lo largo de los siglos XIX y XX hayan fracasado en la presentación de una alternativa realista y racional a la occidentalización ha sido un tema muy discutido en el mundo arabo-musulmán. Lo que es importante de resaltar aquí es que, desde hace casi dos siglos, Oriente se pregunta sobre su propia identidad y resiste al aparato compresor de la *modernidad* impuesta y no dirigida.

Así, es la imagen del Oriente rebelde la que habita el inconsciente colectivo de Occidente. A la imagen de Oriente inmutable e inmóvil, sucede aquella del Oriente que hierve, el de la efervescencia, de la revuelta, del sobresalto, en síntesis, el Oriente del despertar.

Una manifestación de integristas musulmanes por las calles de El Cairo, la inauguración de una nueva mezquita en una ciudad europea, los estudiantes que usan el fular islámico, todo parece dirigido a sembrar el pánico en Occidente. Ahora bien, de nuevo en el armario de los viejos clichés, los viejos prejuicios, todos aquellos que catorce siglos de historia han legado a Occidente. Al peligro amarillo, al peligro rojo le sucede, sobre todo después de algunos años, el peligro verde, el del Islam.

Que el integristismo musulmán represente una corriente minoritaria y combatida en la misma tierra del Islam, que el *terrorismo* no sea una *especialidad islámica*, que la gran mayoría de los musulmanes solo quieran vivir en paz al igual que todos los pueblos del mundo, que la inmensa mayoría de inmigrantes solo busquen estar en armonía con las sociedades que los acogen, todo esto no parece calmar los temores. En la imaginería popular occidental, Oriente se ha convertido, sin duda, en sinónimo de violencia.

Para comprender el Oriente de la violencia, se recurre a la teología islámica. Se trae a la memoria la importancia del Islam durante la Djihad (la Guerra Santa). Se hace incapié en la predilección de lo árabe por el terrorismo y el asesinato. En síntesis, los análisis, según G. Corn, se inscriben en un marco fuera de la historia, fuera de la geografía, fuera de la sociedad y fuera de toda especificidad sociológica.

Para explicar la violencia y el fanatismo bajo otros cielos (Irlanda, India, Angola, Colombia, Perú y África del Sur, etc.) se hace uso de todas las disciplinas y ciencias humanas: antropología, historia, geografía urbana, economía, sociología, politología, etc.). Pero el Islam y el Oriente, tanto como la Edad Media, son el *hoyo negro*, una especie de *zona de tinieblas*, impenetrable. Lo que allí sucede corresponde al dominio de la barbarie y del fanatismo.

Para mostrar el absurdo de tal renuncia de las ciencias humanas en lo que concierne al mundo del Islam, es suficiente imaginar lo que sería un *occidentalismo árabe* pendiente del *orientalismo europeo*, que sólo viera a Occidente a través de la literatura apocalíptica de grupos terroristas violentos de Occidente: Brigadas Rojas, Badem Baader, Acción Directa en la extrema izquierda, grupúsculos violentos de defensa de los valores occidentales de la extrema derecha, que han sembrado también el terrorismo en diversos países de Europa.

Si estos grupos no representan a todo el Occidente, los integristas musulmanes no representan tampoco a todos los musulmanes, ni los terroristas de piel oscura a todos los árabes.

El oriente de la inquietante extranjería

¿Cómo puede explicarse una condensación tal de hostilidades, de desprecio de Occidente contra el Otro, el árabe, el musulmán, el oriental? ¿Por qué Oriente habita de esta manera la mirada de Occidente desde hace tanto tiempo?

A estas legítimas preguntas, Claude Liauzu sugiere una respuesta. Es porque Oriente es la – diferencia más cercana- de Occidente. Está solo separada por el Mediterráneo. *Mare nostrum* para los romanos, *mar de en medio* de las tierras árabes. Lugar de pasaje, de intercambios, de imbricaciones, el Mediterráneo separa a la vez que une. Es así que H. Djait dice que el Europeo y el Musulmán son adversarios íntimos, ya que no se odia a quien nos es realmente extraño.

Pierre Chaunu señaló expresamente lo siguiente: Si con los árabes nos chocamos, es que tenemos el mismo sistema de valores. En último caso, las relaciones son más fáciles con los budistas porque viven en otro planeta y, seguramente, la verdadera frontera está junto a ellos.

Freud precisaba, por otra parte, que la inquietante extranjería deber ser esta especie de lo aterrador, que se atribuye a las cosas conocidas desde hace mucho y desde siempre familiares.

Diferencia cercana, Oriente es el extranjero más íntimo. Occidente se fue constituyendo, por otra parte, tanto a través de estos intercambios y oposiciones con el Oriente que lo habita, como en función de sus propias estructuras. Así, de alguna manera, Occidente y Oriente han quedado indisolublemente unidos. De ahí los fantasmas sobre el otro y los miedos del otro.

Hoy en día, desde el estallido del Imperio del Mal en el Este, Oriente vuelve a aparecer como un espectro. Es el Oriente de la Inquietud. Resurge en la piel del quinto caballero, terrorista armado de una bomba atómica, o en la de los militantes barbudos del –FIS-, o aún más, en la de los inmigrantes clandestinos atraídos por las costas prósperas de Occidente.

Terrorismo, integrismo, inmigración, tales son, por ahora, las palabras claves que cubren la información occidental sobre Oriente. Las representaciones occidentales reactivan las imágenes de un Oriente eterno, eternamente guerrero, fanático, despótico. Es suficiente leer *Le Regain Democratique*, de Jean Francois Revel para darse cuenta hasta qué punto los estereotipos tienen larga vida.

¿Qué sucedería con Occidente si no tuviera enemigos? ¿Qué sería de él sin los *bárbaros árabes* u otros subdesarrollados que prueben, por lo negativo, la excelencia de su modelo?

Hay que reconocer de todos modos que estas imágenes ocultadoras del mundo árabe-musulmán han sido, en parte, alimentadas por el totalitarismo de *las utopías islamistas* de los grupúsculos integristas que, cuando les toca, satanizan a Occidente como ateo, materialista y eternamente imperialista.

Desde luego no es bajo el grito de –muerte a Oriente- o –muerte a Occidente- donde el Mediterráneo podrá volver a encontrar su equilibrio. Hay que terminar con estas grandes rupturas traumatizantes: Oriente/Occidente, Islam/Cristianismo, Norte/Sur, el semejante/el diferente, ellos y nosotros.

Para poder seguir es necesario, como condición, -romper el juego de las imágenes que se devuelven unos a otros y a través de espejos deformantes, europeos como musulmanes-. Para esto, necesitamos una sociología y una politología que vuelvan a establecer, en primer lugar, -la existencia de pueblos situados en la geografía y la historia provincianas: hay que terminar con la abstracción islámica para comprender a estos pueblos en su especificidad humana multidimensional, aquella de la lengua, de los hábitos y las costumbres, en la diversidad de suelos étnicos y provinciales.

Conclusión

Se trata simplemente de señalar el peligro de la persistencia de los estereotipos así como las trabas que éstos constituyen para la comunicación intercultural. Obvio es que el mundo árabe no está exento de prejuicios hacia Occidente. Sería por otra parte deseable *deshojar* esos libros escolares, hurgar en la literatura, sondear su discurso sobre Occidente para analizar su propio repertorio de prejuicios y estereotipos. Los pocos estudios hechos sobre este tema no demuestran sin embargo sentimientos unívocos, sino más bien ambiguos, hechos de rechazo y atracción, de amor y de odio. Meta y modelo, Occidente repugna al mismo tiempo que atrae. Repugna porque está seguro de sí mismo y por ser el que domina, pero atrae a causa de la amplitud misma del hecho, de su penetración y de sus proezas.

En la visión Occidental sobre Oriente, se encuentra esta dualidad rechazo/atracción.

Pero el sentimiento de rechazo, desprecio (rara vez la indiferencia), lo lleva hacia la fascinación, tanto más si el espectáculo que ofrece hoy en día el mundo árabe es triste. Ciertamente es que siempre ha habido hombres, mujeres, escritores, poetas, artistas, orientalistas, historiadores y otros que han llevado el Oriente *en ellos*, que lo han rehabilitado y amado, y a veces hasta defendido con su propio cuerpo. Massignon, Berque, Toynbee han representado y representan junto a millones de occidentales, una corriente minoritaria pero saludable. Ellos representan el Occidente de la apertura, de la reconciliación, del diálogo, aquel instalado ya en el siglo XV por un viejo profesor de la Universidad de Salamanca llamado Juan de Segovia (1400-1460). Para ellos, el Islam no es ni la aurora de un mundo soberano (ninguno de ellos se convirtió al Islam), ni el crepúsculo de una vieja cultura.

Ellos criticaron la manera en que algunos usaban el Islam, cuidándose de denigrarlo como religión. En suma, aquellos hombres de letras y de ciencia para los cuales la realidad del mundo árabe-musulmán no es algo tan indescifrable como suele decirse, y para quienes no es recurriendo a explicaciones *esencialistas* y *abstractas* que puede llegarse a descifrarlo.

A este nivel, los medios de comunicación tienen sobre sí una gran responsabilidad. En efecto, si, para tomar sólo un ejemplo, los medios de comunicación hubieran movilizadotantas energías y recursos para explicar los orígenes de los conflictos que arrasan el mundo árabe, como el conflicto libanés o el conflicto árabe-israelí, o para demostrar la urgencia en

atajar el azote de la marginalización económica y social del Sur del Mediterráneo, como lo hicieron –para el asunto Rushdie- o –los fular islámicos-, la paz en el Mediterráneo no hubiera estado sino mejor atendida. Pero sería sin duda pedir demasiado, cuando se conoce la dictadura que ejerce-el medidor de audiencia- sobre la información que, muy menudo obliga a los medios de comunicación a servir el mismo plato: *fast food*, que se come caliente y que se digiere rápido.

Lo que significa también la urgencia de aprehender el Oriente de otra forma que en términos de amenaza, de invasión. De tales fantasmas hablan hasta ciertos libros universitarios. Así en *La Historia de la población francesa*, publicada por las PUF en los comienzos de 1989, se preocupan del hecho de que el árabe pudiera convertirse en -una de las primeras lenguas de Europa- (p.549), y del –riesgo de islamización de la vida nacional (p.488)-.

Además del aspecto alarmista de tal propósito, ¿no hay acaso un reconocimiento de impotencia?, ya que se postula implícitamente que los cinco millones de árabes (inmigrados y naturalizados) o los ocho millones de musulmanes (creyentes y no creyentes) que viven en Occidente, tienen más posibilidades de islamizar la modernidad que Occidente, con sus grandes valores, modernizar el Islam. **Que yo sepa, los millones de árabes que viven en Estados Unidos y en América Latina no han islamizado sus respectivos países, aún cuando participan de la vida política (Presidente Menem en Argentina), económica (la burguesía industrial y comerciante sirio-palestino-libanesa en América Latina) y cultural de sus países de acogida.**

Es, por lo tanto, sobre todo en Europa donde se plantea, con agudeza, el problema de la alteridad árabe y musulmana, precisamente a causa de la proximidad geográfica (y por lo tanto cultural). De allí el peligro de una regresión al eurocentrismo, que transformaría el Mediterráneo en limo, cordón sanitario que separe la Europa civilizada de los nuevos bárbaros.